

¿A la derecha de quién?

Carlos Pérez Soto

Profesor de Estado en Física

Como la recta numérica es infinita siempre habrá un número que esté “a la izquierda” de otro. Por supuesto que -1 está a la izquierda de 1, pero también -8 está a la izquierda de -1.

Una de las diferencias profundas entre el dominio burocrático y la hegemonía capitalista es su actitud frente a la democracia. El poder capitalista, que históricamente surgió y creció bajo sus banderas, terminó convirtiéndose en su enemigo. Y esto ocurrió porque las aperturas democráticas, desde fines del siglo XIX, frecuentemente se convirtieron en asonadas anticapitalistas. Ante el peligro inminente el poder capitalista se comportó siempre de manera sincera y brutal: terminó, localmente, con los regímenes democráticos. La hegemonía burocrática, en cambio, que surgió a la sombra y frecuentemente en contra de la democracia, ha terminado por convertirla en una herramienta de dominación. En lugar de terminar con ella prefiere administrarla.

Una de las maneras más eficientes de convertir la democracia en una herramienta de dominación es banalizarla. Mantenerla en un uso puramente retórico y quitarle, en cambio, toda sustantividad. Eludir sus contenidos participativos distorsionando los mecanismos de representación. Escamotear sus contenidos sociales reclamándola como derecho formal e individual de depositar un voto en una urna sin garantía alguna, sin derecho real de fiscalización, sometido solo al continuo de las alternativas dadas por el sistema dominante.

En esta política general de administración y banalización la histórica diferencia entre “derecha” e “izquierda” ha sido completamente reformulada. La táctica del polo capitalista consistió siempre en negarla. A lo largo del siglo XX, a propósito de eventos políticos particulares de la más variada índole, siempre hubo políticos, por supuesto de derecha, que proclamaron de manera triunfante: “la diferencia entre derecha e izquierda ha sido superada, es solo algo del pasado”. Lo hicieron los fascistas de Mussolini en los años 20; lo repitieron los anti fascistas en los años 40, en la época de la alianza entre USA y la URSS; lo hicieron los demócratas cristianos en los años 50 y 60; lo repitieron los eurocomunistas y los postmodernos en los 70 y los 80; lo proclamaron una vez más los anti comunistas y de nuevo los postmodernos en los años 90.

La táctica burocrática en el siglo XXI, en cambio, prefiere administrar antes que negar. El mecanismo, banal, retórico, altamente comunicacional, es separar la diferencia entre izquierda y derecha de sus contenidos históricos y tratarla de una manera puramente posicional, relativa, como ocurre en la recta numérica.

De esta manera Obama, que financió en silencio el muro en la frontera entre Estados Unidos y México, está “más a la izquierda” que Trump, que continua su construcción de manera altisonante. Correa, Lula, Kirchner, que desarrollan y profundizan la política neoliberal de manera eficiente y silenciosa, estarían “más a la izquierda” que Piñera, Temer o Macri, que la proclaman sin rubor.

Los “izquierdistas” Felipe González, Mitterrand, Papandreu fomentan la precarización del empleo, debilitan el Estado de Bienestar, conducen a sus países al despeñadero de la deuda financiera, pero aun así están “más a la izquierda” que Suarez, Chirac o Thatcher. Ortega, que le regala el futuro canal de Nicaragua a los chinos; Maduro, que hunde a Venezuela en la deuda externa; Castro y Díaz-Canel, que se abren a la propiedad privada, están “en la izquierda”. El nacionalista Trump, el payaso Berlusconi, la defensora del empleo francés Le Pen están, por supuesto “en la derecha”.

La diferencia histórica se reduce a un “de dónde viene” banal y formal. El pillo Mujica, que se queda callado en su país ante las mismas reformas neoliberales que critica en otros, “fue tupamaro”. La neoliberal Dilma “fue presa política”. Ortega fue sandinista y, peor aún, dice que sigue siéndolo. ¿Deberíamos considerar que Putin está “a la izquierda” de Trump porque perteneció a la KGB? ¿Deberíamos considerar que los chinos son los líderes de la izquierda mundial porque han vuelto a invocar a Mao?

En este tipo de diferencias administradas, meramente retóricas, carentes de toda sustantividad, los posicionamientos “valóricos” juegan un papel central. Automáticamente están “a la izquierda” quienes se proclamen feministas, quienes hablen de derechos humanos, quienes muestren simpatía hacia los migrantes. ¿Deberíamos creer que la política de atraer la mano de obra calificada y barata de los migrantes hace que Merkel esté “a la izquierda”? ¿Deberíamos creer en el izquierdismo de Bachelet cuando pide derechos humanos para Venezuela después que los ha negado sistemáticamente para los mapuches? ¿Deberíamos creer que las candidatas mujeres definen algún tipo de izquierda que no sea retórica ante la brutalidad banalmente machista de sus oponentes?

Por supuesto, ante tantas interrogantes difíciles y paradójicas, podemos retroceder a la vieja astucia capitalista del siglo XX: todas estas preguntas solo indican que la diferencia entre izquierda y derecha ha pasado de moda (ante las “nuevas realidades”), o es demasiado simple (frente a la “complejidad de lo social”), o que siempre ha sido un mito (solo un “espejismo del poder”). Liberales, socialdemócratas y postmodernos podrán estar curiosamente de acuerdo en este diagnóstico, amparándose cada uno en un discurso distinto. Pero, más curiosamente aún, los neoliberales, los conservadores y los derechistas declarados también podrían estar de acuerdo, cuando la ocasión lo requiera, sin fundamento alguno.

Así, la famosa diferencia entre izquierda y derecha o es banal, al estilo de la CNN, o es ficticia, como lo proclamaron cada uno en su momento Foucault, Carlos Altamirano y el inefable Ernesto Laclau. ¿Deberíamos sumarnos a este caudal de negacionismo y administración? ¿Estamos obligados a acogernos a la retórica y a la agenda política de la CNN? ¿Defenderemos a Maduro y a Ortega (o quizás incluso a Putin) porque provienen de esas “izquierdas”? ¿Nos plegaremos al oportunismo postmoderno que se siente “de izquierda” cuando hay auge del movimiento social, pero rápidamente deriva a declarar a la izquierda como un mito cuando ese auge ha pasado? ¿Apoyaremos la política neoliberal de Lagos y Bachelet simplemente porque están “más a la izquierda” que Piñera o Kast?

No. No estamos obligados a hacerlo. Podemos tener “agenda propia” aunque no estemos obligados a llamar “agenda” a nuestro programa político (ni “la gente” al movimiento popular, ni “agenda valórica” a los derechos humanos). Podemos tener un camino propio, un programa propio, radical, que nos ponga frente a la lógica del poder dominante, y no a su ritmo. Que nos ponga en el camino histórico de la lucha social, y no en el espectáculo de su banalización. Y un primer paso, por supuesto, es volver a dar sustantividad a la democracia, a los derechos sociales, a la radicalidad política y, para todo esto, a la diferencia entre izquierda y derecha.

Definir qué es la izquierda de manera sustantiva no es difícil. La izquierda se caracteriza, de manera esencial, por ser anti capitalista. A lo largo del siglo XX se hizo cada vez más evidente, y en el siglo XXI resulta imperioso, agregar a esto un segundo rasgo que debería ser definitorio: anti burocrática. Esta caracterización negativa (anti o contra) debería ir acompañada siempre de su reverso positivo: lo que la gran izquierda quiere es construir un mundo en que no haya clases sociales.

La gran izquierda debe ser anti capitalista de manera radical, por sobre toda manipulación retórica. Aunque el capitalismo lo dirijan los comunistas, aunque el capitalismo supere la brecha salarial entre hombres y

mujeres, aunque el capitalismo beneficie a las “capas medias”, aunque el capitalismo sea gobernado de manera “democrática”.

De manera radical porque los partidos comunistas de China y Vietnam han restaurado la explotación en su forma más clásica, superponiéndola a la relación de explotación que ya existía, y que se prolonga, entre burócratas y trabajadores. Un gesto final de sinceridad descarada: Donald Trump le recomienda a Corea del Norte que siga el camino que ya es real en Vietnam. La burocracia cubana lo ha entendido desde hace ya un par de décadas.

Anti capitalista de manera radical porque lo que se nos presenta como éxito económico no es sino la precarización del empleo, la privatización de los derechos sociales, la bancarización del consumo, las garantías ilimitadas a la especulación financiera. Todos los criterios de “éxito” económico que se nos presentan no son sino los criterios de viabilidad capitalista neoliberal dictados por el FMI o la OMC. Nuestro camino propio debe pasar por la radical crítica de estos criterios, que solo evalúan el éxito del capital, y por construir nuestros propios criterios, sociales, humanos, ambientales.

Radicalmente anti capitalista porque no tenemos porqué abandonarnos a una política del “por lo menos”, bajo la ilusión de que habría algún capitalismo mejor que otro. Porque es visible que el “auge de las capas medias” no es sino el auge de patrones de consumo individualistas y depredadores, ampliamente sostenido en el endeudamiento, sin la menor consideración por el medio ambiente global (que se lleven las fábricas contaminantes a África o a India), en medio de un retroceso catastrófico de la responsabilidad del Estado respecto de los derechos sociales. Una ilusión, porque es cada vez más visible que lo que se nos presenta como “vuelta del Estado de Bienestar” no es sino en desvío sistemático del gasto social del Estado hacia el lucro privado.

Radicalmente anti capitalista porque nos damos cuenta de que la superación de la brecha salarial entre hombres y mujeres no afecta en absoluto la lógica de la explotación. Perjudica a algunos capitalistas y beneficia a otros. Y, sobre todo, porque resulta reducida al absurdo ante el avance de la precarización del empleo y el endeudamiento. No estamos obligados a encontrar mejor una situación en que a todos nos pagan lo mismo si a todos nos pagan poco. Salvo, por supuesto, que seamos mujeres profesionales de capas medias aspiracionales que pelean por salarios aparentemente privilegiados.

La gran izquierda debe ser radicalmente anti capitalista aunque el capitalismo sea administrado de manera “democrática”. No estamos obligados a creer que el capitalismo administrado a través de formalismos liberales es preferible al que administran los comunistas. Porque nos damos cuenta de la radical falta de sustantividad de lo que se proclama como “democracia”. Porque carece de mecanismos participativos realmente vinculantes, porque está ampliamente limitada por burócratas que se nos presentan como expertos y se arrojan el derecho a operar de manera contra mayoritaria, porque nuestros supuestos representantes son fácilmente cooptables por el poder económico a la sombra de políticas de transparencia ficticias. Porque nos damos cuenta de que lo que se nos presenta como “libertad” no es sino la vieja práctica de vender “libremente” nuestra fuerza de trabajo, de entregarnos atados de pies y manos al endeudamiento y a la precarización. Ya lo estarán sabiendo los alemanes del este, que recuperaron su “libertad” solo para convertirse en parias en su propio país. Y lo saben también los polacos pobres. Como lo van sabiendo trágicamente los migrantes que escapan de la “dictadura” de Maduro solo para venir a caer a la sobre explotación chilena.

Y es para disipar esta ilusión “democrática” que necesitamos una gran izquierda radicalmente anti burocrática. Para oponernos al uso de la democracia como forma de administración del régimen de explotación general. Porque ya es demasiado evidente que los partidos comunistas clásicos eran y son

perfectamente compatibles con el capitalismo. Porque nos damos cuenta de que no solo las “democracias populares” eran sistemas de clases sino también las “democracias” neo keynesianas.

Y es para que la gran izquierda sea radicalmente anti burocrática que necesitamos un camino propio que rechace todo vanguardismo. Porque los vanguardistas de hoy serán los burócratas de mañana. Porque las revoluciones que no cuentan con el apoyo de los más amplios sectores populares terminan convirtiéndose en dictaduras burocráticas, y también sigue ese camino el movimiento popular que es cooptado por un partido único y una ideología “correcta” y excluyente.

Cuando nos alejamos de la banalización y la manipulación del concepto no es difícil detectar si un gobierno o un movimiento político es de izquierda de manera sustantiva o meramente retórica. No puede ser considerados de izquierda los gobiernos que aumentan y garantizan el endeudamiento financiero transnacional y lo hacen caer sobre las espaldas de sus pueblos. No pueden ser considerados de izquierda los gobiernos que, bajo la retórica de la focalización del gasto social, desvían la riqueza de un pueblo hacia el lucro privado. No son de izquierda los gobiernos que miden sus éxitos o sus fracasos según los criterios “técnicos” del FMI o de la OMC. No son de izquierda los gobiernos que defienden los derechos humanos en los foros internacionales y no los respetan en sus propios países.

No pueden ser considerados de izquierda los movimientos políticos que son dirigidos por una elite, que escamotean la democracia interna, que adhieren de manera acrítica a las pautas y “agendas” de la democracia administrada. No pueden ser llamados de izquierda los que llaman “realismo político” a la costumbre simple de moverse dentro de las retóricas y usos de la administración política general.

Y, de manera correspondiente, no es difícil, nunca lo ha sido, distinguir que es lo que puede llamarse “derecha”. La derecha visible es bastante obvia. La novedad real es la derecha que se suele llamar “izquierda”. El conservadurismo valórico, la adoración del mercado y el lucro, la tendencia al autoritarismo político, caracterizan de manera evidente a la vieja derecha que, por supuesto, sigue plenamente vigente. El mito de la experticia y la adoración de la tecnología, la banalización de la democracia, la idea de focalización del gasto social, la idea de superar los “ideologismos”, la idea de que la “globalización” es inevitable y hay que sumarse a ella de la mejor manera posible, caracterizan a la nueva derecha que, incidentalmente, suele llamarse “izquierda” aunque, en general, prefiere la vaguedad oportunista de llamarse “centro izquierda”.

Por supuesto esta nueva derecha, en términos geométricos, abstractos, banales, está “a la izquierda” de la vieja derecha. Y esa es la trampa retórica que está contenida en sus llamados a constituir una gran alianza “contra la derecha”. Unos llamados que, de acuerdo a las prácticas fascistas más tradicionales de la izquierda burocrática, suelen adornarse dramáticamente con el eslogan de la “unidad anti fascista”. Después de todo ¿no es preferible Lagos a Pinochet? ¿no es acaso preferible Margaret Thatcher a Hitler? ¿Votaría usted por Donald Trump o por Obama? Piense bien su respuesta. Todo el nudo de la administración burocrática de la democracia está contenido en ella.

Santiago de Chile, 1 de marzo de 2019.-